

# SETENIL, UN CASO MARGINAL EN EL HABITAT TROGLODITA ANDALUZ

*Juan Manuel SUAREZ JAPON \**

## **I. ALGUNAS IDEAS SOBRE EL HABITAT TROGLODITA**

Como forma de poblamiento, como meros hechos humanos de caracteres peculiares, el hábitat subterráneo atrae de forma un tanto discontinua, intermitente, el interés de los estudiosos. Se acercan a él desde ópticas bien distintas. Así, los enfoques pueden ir desde planteamientos antropológicos historicistas, que se ocuparían de conocer este modo de asentamiento humano al que se atribuyen rasgos de primitivismo, de respuesta primaria y elemental frente a la necesidad de refugio, y por tanto, eslabón esencial en el conocimiento de la historia de los modos de ocupación, hasta quienes adoptan puntos de vista meramente formalistas, viendo en estas viviendas trogloditas una tipología determinada de entre las múltiples que ofrece el rico mundo de hábitat humano; y, por último, en el caso de las cuevas viviendas muy especialmente, no faltan quienes se acercan a su conocimiento desde planteamientos sociales, más preocupados por el contenido humano que por la estructura material de estos continentes, ubicados, en general, en el contexto de situaciones de marginalidad y pobreza (CARITAS, 1963).

Los primeros enfoques señalados son, en general, comunes planteamientos a la hora de analizar un fenómeno, tan contradictorio y complejo bajo su apariencia de simplicidad, como es esa realidad que podemos calificar de "viviendas vernáculas", y en el que también se pueden buscar otros muchos posibles aspectos como precedentes de formas actuales, como "parte de la experiencia sensorial visual de la que el arquitecto puede derivar un estímulo a su propia creatividad" (Oliver, P. 1978).

---

(\*) *Area de Geografía. Universidad de Cádiz*

Desde la óptica geográfica el hábitat troglodita es, sobre todo, un modo de poblamiento, una estructura que refleja y permite la instalación de grupos humanos sobre un territorio, ocupación que se efectúa a partir de conjunturas determinadas, al servicio de objetivos más o menos precisos y con técnicas que están en función de los respectivos niveles de desarrollo o nivel de civilización en cada caso. En este sentido, las cuevas-viviendas son percibidas como respuestas muy inmediatas y casi instintivas de los grupos humanos frente a la necesidad de proveerse de refugios estables. De ahí tal vez, como algunos apuntan, su generalizada presencia en el tiempo y en el espacio, pues es un hecho cierto que las viviendas subterráneas no son privativas de ningún ámbito en concreto y que, por otra parte, su continuidad, cualquiera que sea la profundidad que otorguemos a su origen, la traslada hasta nuestro tiempo y nos la presenta como hechos actuales. En efecto, como señala J.P.Loubes, "aunque en el pensamiento general se ha perdido la tradición, la realidad del fenómeno es muy distinta; no ha existido jamás interrupción ni muerte de la arquitectura enterrada" (Loubes, J.P., 1985). De ahí, pues, el interés que, como forma resultante del ininterrumpido diálogo entre el hombre y el medio, posee el estudio de esta peculiar modalidad del poblamiento humano.

El análisis de estas formas de viviendas subterráneas nos pondrá siempre, en cualquier caso, ante una serie de hechos comunes que ahora sólo apuntamos y de cuyo desarrollo en profundidad derivaría una extensión que no podemos dar a este trabajo que, por el contrario, pretende sólo sacar a la luz el interés de estos modos de poblamiento en el municipio gaditano de Setenil, de forma que pudieran llegar a ser convenientemente conocidos en el contexto de los análisis que frecuentemente se hacen del trogloditismo andaluz. Tales aspectos son, en primer lugar, la condición de hecho primitivo, de respuesta inmediata a la necesidad de hallar el refugio; en tal sentido estas cuevas-viviendas se incardinan plenamente en lo que Brunhes llamaba "geografía de las primeras necesidades" (Brunhes, J., 1948), y que son todas aquellas que vienen impuestas por la propia estructura fisiológica del hombre que ha de vivir en y con el medio natural. A ellas responderían, en general, todos los tipos de viviendas y formas de poblamiento y, lógicamente, de un modo más intenso estas viviendas subterráneas en las que el medio mismo hace de refugio.

En segundo lugar, la vinculación de este hábitat a determinadas condiciones naturales que podrían delimitarse por la presencia de ciertos parámetros tales como la existencia de materiales sedimentarios escasamente permeables, un régimen de lluvias escasas (-500 mm. año) y un cierto grado de continentalización en el régimen térmico que obliga a "defenderse" de las variantes extremas

de las temperaturas. Esta generalización del modelo es lo que permite sostener, como hace Norbert Schoenauer, que "fuerzas determinantes similares producen formas construidas también similares" (Schoenauer, N., 1984), si bien se ve precisado advertir que "naturalmente, este determinismo ambiental no solamente incluye las fuerzas de la geografía física y humana sino también aquellos factores que se derivan de las relaciones entre hombre y cultura, esto último como producto de fuerzas físicas, sociales, económicas, religiosas y políticas".

En tercer lugar, hay una cierta percepción del hábitat troglodita como elemento marginal del conjunto poblacional en el que aparecen. Si bien es cierto que como apunta María Eugenia Urdiales, "precisamente el carácter de herencia histórico-cultural que afecta a la cueva-vivienda, y que puede constatarse en la tradición troglodita de gran número de lugares, diferencia a este tipo de vivienda de algunos alojamientos (chabolas, por ejemplo) que forman parte del conjunto denominado hábitat subintegrado, caracterizado por un fuerte grado de marginalidad y segregación", no obstante, se sigue manteniendo esa percepción en cierto modo negativa que el propio Loubes vincula con una conexión psicológica y cultural con el mundo oscuro, de las tinieblas, de los subhumanos, de las sombras. Un fenómeno, pues, complejo y atractivo cuyo total conocimiento obligaría, a trascender el marco de lo geográfico humano en el que aquí, sin embargo, vamos a movernos.

## **II.- SETENIL, UN CASO MARGINAL EN EL TROGLODITISMO ANDALUZ**

Las obras, ya clásicas, de P. Deffontaines (1972) y de Otto Jessen (1955) han constituido aportaciones básicas en la sistematización y conocimiento del hábitat subterráneo; la segunda de ellas, al comportar precisiones regionales más amplias respecto al ámbito mediterráneo, ha devenido fuente bibliográfica reiteradamente usada para el conocimiento del trogloditismo español y andaluz, completada luego con numerosas aportaciones posteriores que nos han ido dando a conocer la generalidad del fenómeno. En tal sentido, por ejemplo, habría que citar las obras de Caro Baroja (1976), C. Flores (1973) o Feducci (1976), que integran el análisis de las cuevas-viviendas en estudios de objetivos más amplios y, por otra parte, se cuenta con obras cuyo nivel de análisis es más marcadamente regional si bien en muy pocos casos el estudio del hábitat troglodita se realiza de forma monográfica, sino que aparece en el contexto de estudios comarcales; así, los trabajos de Urabayen (1932) y Floristan (1956) sobre Navarra; García

Manrique (1960) o Gimeno Arcos (1958) sobre Aragón; Casas Torres (1944), Seijo Alonso (1973), y Gozávez, (1983) que nos han trasladado diversos estudios sobre el hábitat "enterrado" de diversas áreas del País Valenciano, etc...

El espacio andaluz ha tenido y sigue poseyendo una gran importancia dentro del panorama global del trogloditismo hispano, bien que existen en el mismo claras diferencias entre el ámbito oriental y el occidental. El primero, claramente, configura el verdadero dominio del hábitat troglodita frente a una menor presencia del mismo en las zonas occidentales donde, aunque no han sido ni son totalmente desconocidos estos fenómenos, si es evidente que el abandono y la regresión les ha afectado de un modo mucho más intenso; así, ya nos señala M.E. Urdiales que Huelva y Málaga carecen de cuevas habitadas permanentemente en la actualidad, y semejante panorama ofrece Sevilla, apareciendo sólo algunos pequeños sectores en la provincia de Córdoba, en torno al piedemonte bético, en el límite ya con la provincia de Granada que es, por el contrario, el gran foco actual de cuevas-viviendas y uno de los casos más interesantes del trogloditismo español; al mismo ha dedicado M.E. Urdiales un amplio y detallado estudio (1987), incorporándose a los anteriores trabajos parciales que habían aportado Bosque Maurel (1962), Saenz Lorite (1977), Villegas Molina (1972) y Cano García (1974). Así mismo, las provincias de Almería y Jaen poseen presencia notable de áreas donde las cuevas habitadas constituyen hechos destacados del poblamiento general, estudiados por Moreno Sánchez (1971), Compán Vázquez (1982) y Cabanas, (1956), respectivamente.

En este marco de lo que podríamos llamar trogloditismo andaluz Cádiz se hace presente por el caso peculiar del hábitat enterrado existente en uno de sus municipios serranos, Setenil, que, de este modo, constituye un enclave aislado, marginal, por su emplazamiento, respecto a las grandes áreas del hábitat subterráneo andaluz.

En efecto, Setenil es un municipio gaditano situado en el límite NE. de la provincia, en un espacio comarcal conocido como la Sierra (Fig. 1) y que geológica y morfológicamente se integra en el ámbito más amplio de la Depresión de Ronda que constituye a su vez una de las cuencas de sedimentación terciaria que conforman el llamado "Surco Intrabético" del cual este espacio rondeño-gaditano constituye el eslabón más occidental. El conjunto de la Depresión está compuesto por un amplio arco de montañas abierto al N. (Suárez Japón y Ramos, 1983) y cuyo ramal occidental, formado por las Sierras de El Pinar, del Endrinal y de Libar, se ubica en el espacio provincial gaditano constituyendo una buena parte de su comarca serrana del NE.. El interior de este recinto montañoso albergó un amplísimo proceso sedimentario desde el terciario postorogénico y ello, unido a la "ausencia de movimientos de plegadura" que

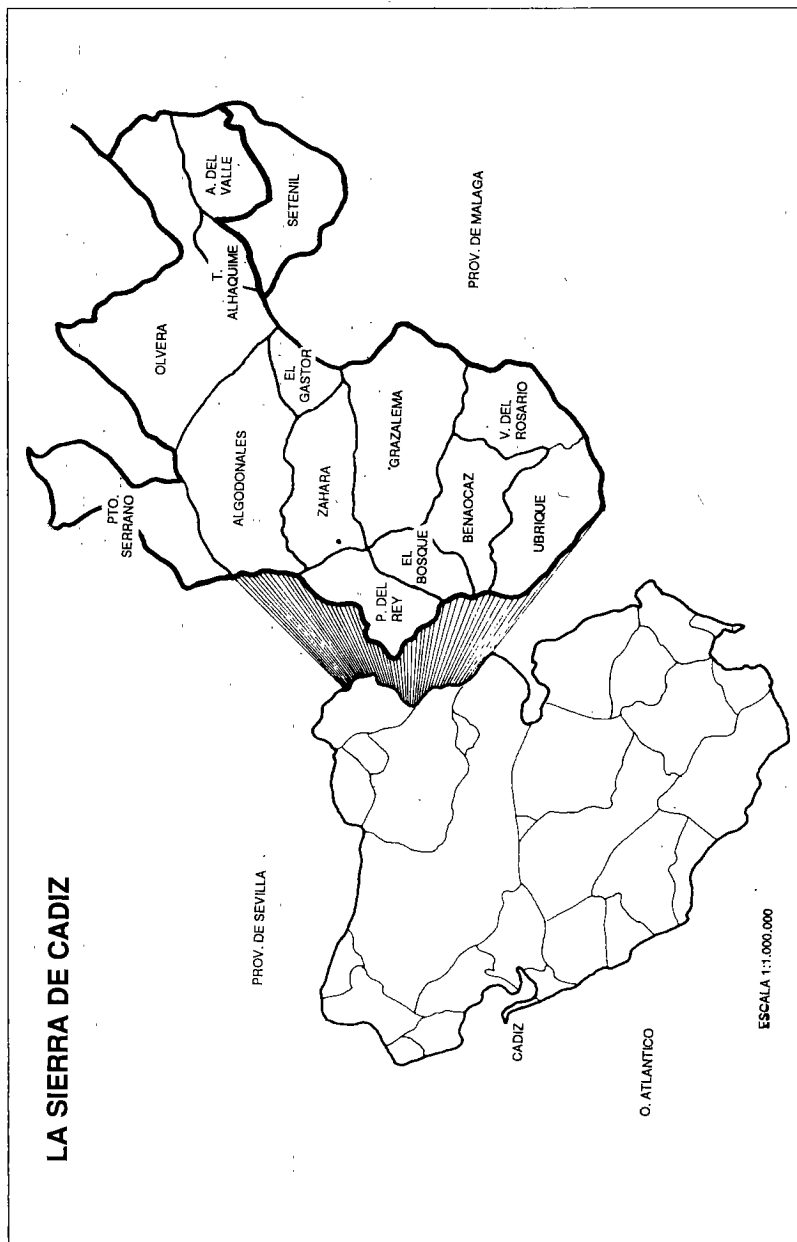


Fig. 1

Orueta señala desde el Mioceno, da a esta zona un predominio de formas horizontales y perfiles suaves, donde las altitudes oscilan entre 500 y 800 mts. en contraste con los 1.000 y 1.500 mts. que se alcanzan en las cumbres montañosas que la bordean. Así mismo, el contraste es también geológico pues estos bordes montañosos están constituidos por calizas jurásicas en tanto que el bloque sedimentario interior está "construido" con molasas calcáreas miocenas y pliocenas entre las que se han inscrito fácilmente los numerosos cauces que se forman en este ámbito y que constituyen el esquema primero del Guadalete.

En esta apertura septentrional del arco montañoso de la Depresión de Ronda, sobre estas plataformas sedimentarias, se asienta el núcleo urbano de Setenil, emplazado sobre los bordes del amplio tajo que crea en estos espacio un río afluente del Guadalete, (Fig. 2) el llamado Guadalporcún, "autor de Setenil" como le califican José y Jesús de las Cuevas (1970). Al mismo tiempo, esta ubicación interior respecto a los arcos montañosos, propicia un grado mayor de amplitud térmica, es decir, un nivel de continentalización superior al que se registra en todo el ámbito comarcal (Suárez Japón, 1982) donde, sin embargo, los registros pluviométricos superan los 1.000 mm./año. En este entorno fisiográfico, al socaire de una dilatada y rica trayectoria histórica en la que obviamente no podemos ahora entrar (vid. Suárez Japón y Ramos, 1983), surgió el asentamiento de Setenil, y en el contacto constituido al fondo del tajo del Guadalporcún, se generó desde muy pronto un tipo de hábitat enterrado bajo el amplio roquedal que nos ha llegado hasta el momento presente como una forma peculiar de poblamiento troglodita, casi aislado y perdido respecto al gran foco de la Andalucía Oriental. De él y de sus características y peculiaridades nos ocupamos ahora.

### ***III.- LOS RASGOS MORFOLOGICOS DEL TROGLODITISMO DE SETENIL***

El núcleo urbano de Setenil posee una morfología general y una trama viaria de rasgos muy particulares como consecuencia de lo peculiar de su emplazamiento. Resbalando desde las plataformas superiores del tajo del Guadalporcún hasta el fondo del mismo, el caso urbano se desarrolla en una serie de calles casi superpuestas, con una acomodación a los distintos niveles hipsométricos, con ejes viarios inclinados salvando las diferencias altitudinales entre aquellas (Suárez Japón, J.M. 1982). Visto en su conjunto, pues, el núcleo setenileño nos ofrece la espectacular imagen de un apiñado caserío que tapiza como un blanco

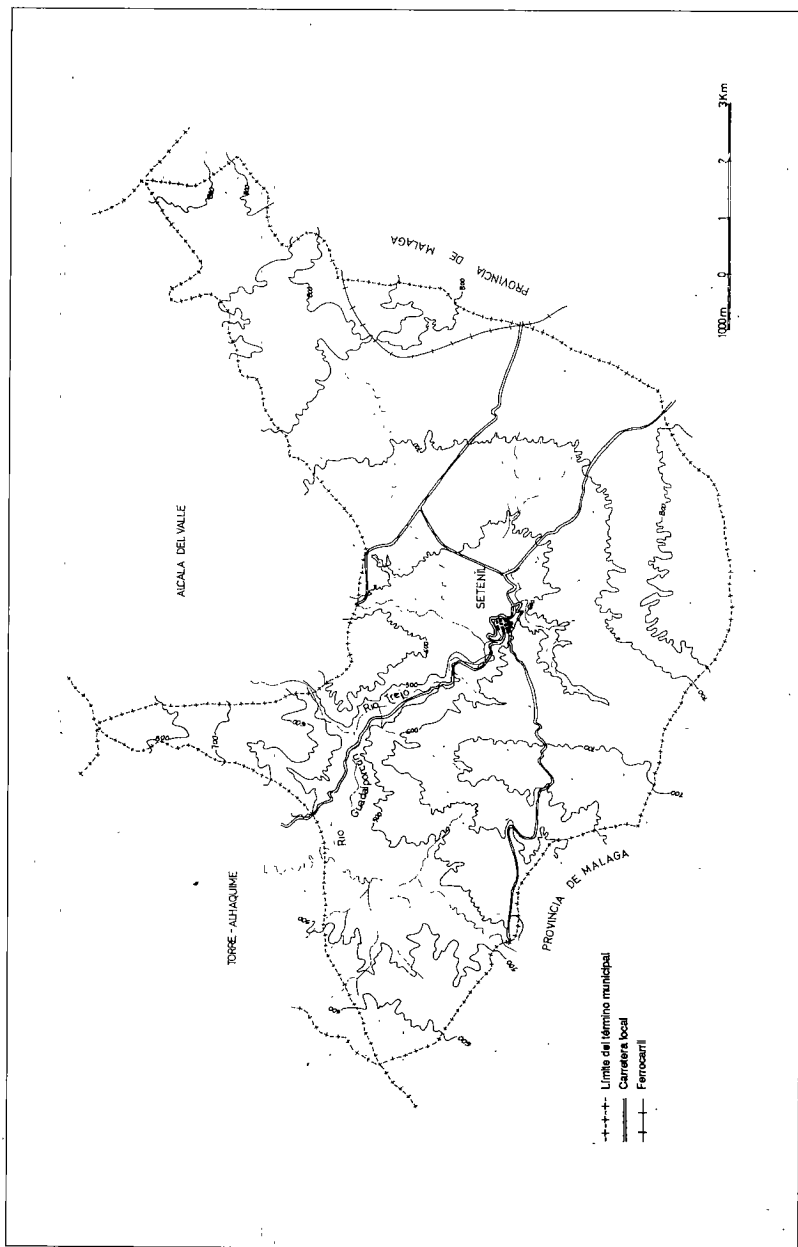


Fig. 2

graderío los paredones del tajo fluvial hasta parecer esconderse, finalmente, bajo la inmensa roca en el que éste se ha conformado. (Fig. 3) El Guadalporcún ha creado amplias hendiduras al pie de esta pared rocosa y es en este "recinto natural" donde se instala el conjunto de cuevas-viviendas. Así pues, actualmente el trogloditismo setenileño se ubica esencialmente en estas dos calles bajas del casco urbano existiendo, no obstante, algunos casos aislados en planos superiores que, en ningún caso alcanzan el interés de estas zonas inferiores del tajo.

De este modo, pues, el trogloditismo actual en Setenil se integra plenamente en la trama general del casco urbano, es, pues, un trogloditismo "urbanizado", que diseña un área peculiar en el pueblo, ausente de los rasgos negativos o peyorativos que los habitats enterrados suelen poseer con gran frecuencia. Sin solución de continuidad se pasa, descendiendo por alguna de las dos vías esenciales del casco, desde la plaza alta hasta las calles que bordean al río Guadalporcún, cuyos nombres populares respectivamente, "cuevas del sol" y "cuevas de la sombra", expresan nítidamente el rasgo definidor que supone ver cómo progresivamente las cubiertas de tejas o azoteas de las viviendas van siendo sustituidas por el roquedal de arenisca calcárea, hasta acabar como hundidas, tapadas por ella, como si un dramático cataclismo la hubiera hecho caer sobre las blancas paredes de las viviendas.

Pero este carácter "urbanizado" del sector de las cuevas-viviendas de Setenil no lo ha poseído siempre, antes al contrario, los escasos datos que poseemos sobre la génesis y el posterior proceso evolutivo del núcleo urbano nos hacen concluir en la existencia primigenia de un Setenil emplazado en las superficies superiores del nivel sedimentario, sobre el tajo, aislado por un fuerte cinturón amurallado, al margen del cual, más abajo, debieron existir estas primeras edificaciones trogloditas.

No es fácil historiar, en sus primeras etapas al menos, lo referente a las cuevas-vivienda. En general se les admite un amplio desarrollo ubicado en los siglos XVIII y XIX (Urdiales, M.E., 1987), pero son frecuentísimas las alusiones que se hacen a las remotas antigüedades de estos hábitats, a la utilización de las cuevas como viviendas por grupos humanos en estadios muy primeros y elementales de desarrollo técnico-cultural, sin que las mas de las veces estas presunciones vayan acompañadas de las necesarias constataciones arqueológicas. Tal es el caso de estas cuevas de Setenil, a las que se les otorga ya su condición de habitadas en fase pre-romana; José y Jesús de las Cuevas (1970) las consideran ibéricas y tan antiguas como el propio Setenil cuyo origen, sin embargo, sigue siendo un misterio aun no resuelto por la historiografía que ha de seguir basándose en diversas hipótesis (Suárez Japón, J.M. y Ramos Santana, A; 1983) ninguna de las cuales cuenta hoy con la aceptación general.

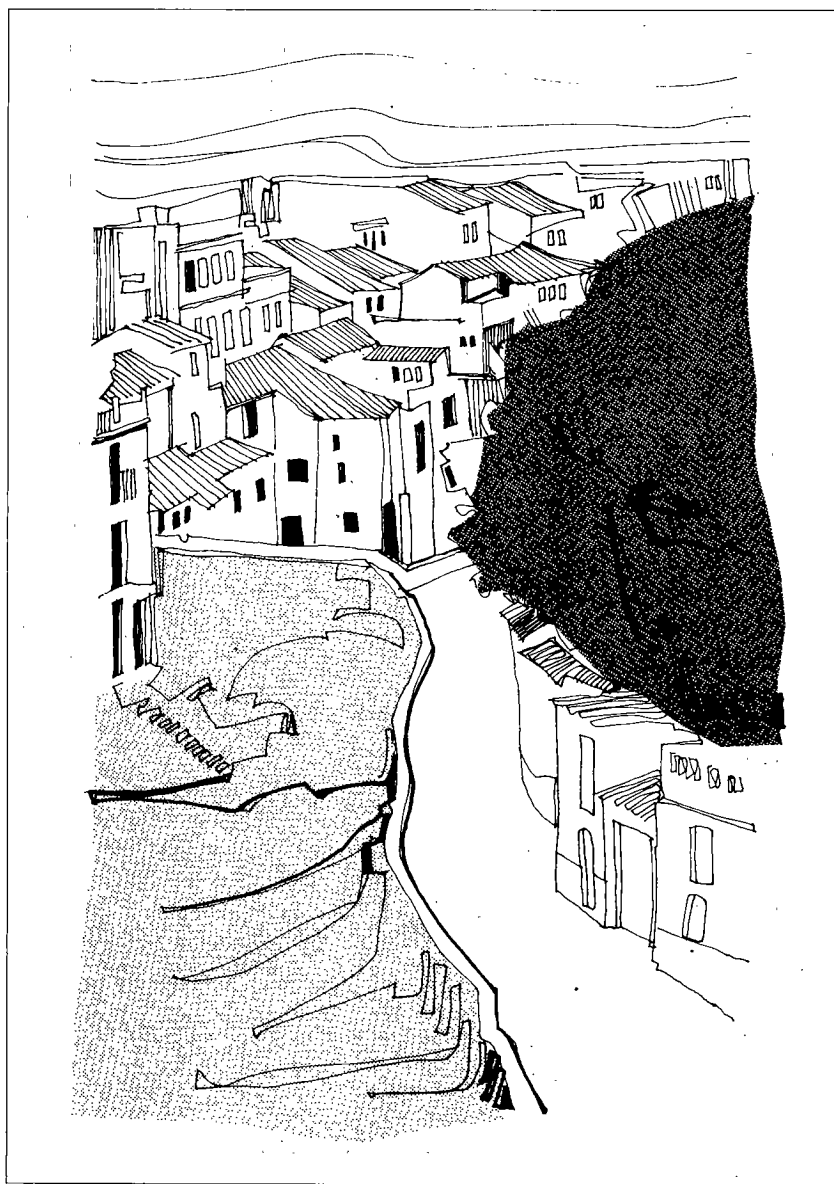


Fig. 3

Dibujo: F. Jiménez Fornell

Las crónicas medievales que sobre Setenil se escriben y que se centran básicamente en noticias sobre los sucesos casi legendarios de su tenaz resistencia frente a las huestes castellanas, sobre las varias intentonas de su conquista, hasta la definitiva del Marqués de Cádiz, en 1484, (Ponce de Leon, 1949) son, por el contrario muy parcas en referencias a la existencia de estas posibles cuevas que, ocupadas temporal o definitivamente, con usos domésticos o pastoriles, debían constituir un ámbito extramuros, marginal, fuera del sistema defensivo que protegía a un Setenil ya definitivamente consolidado, como la mayor parte de los núcleos de población de la Sierra Gaditana (Suárez Japón, 1982), en esta fase del dominio islámico de este territorio meridional de Andalucía. La Crónica de Juan II, que refiere que "donde es lo más llano de este combate, una casa asaz honda, hecha en la piedra tajada", es un dato aislado (vid. en Cuevas, J. y J. de las, 1970).

La repoblación y posterior repartimiento de estas tierras durante el siglo XV final y las décadas iniciales de XVI no nos ha ofrecido tampoco datos de la existencia de estas cuevas que, no obstante, es posible que pudieran haberse vuelto a habitar (?) al amparo de la nueva etapa de estabilidad que se cernía ahora sobre esta antigua "frontera castellano-nazari". Para el tiempo final del siglo XVI poseemos una aportación valiosa que nos hace suponer esta nueva ocupación; se trata de la obra de Georgius Braun y Franciscus Hogenberg, "Civitatis Orbis Terrarum", publicada en Colonia en 1599. En ella se nos ofrece un riquísimo conjunto de grabados sobre pueblos y ciudades, entre los que se halla uno de Setenil; (Fig. 4) en el mismo es claramente perceptible la imagen de un núcleo enriscado sobre el tajo, bordeado de fuertes murallas a las que, como afirman J. y J. de las Cuevas, "ya empiezan a encanecerla grietas y se le escapan las primeras casas del nuevo pueblo que se inicia". Es decir, los viajeros germanos han dibujado a Setenil cuando comenzaba a experimentar, como los otros "pueblos de frontera" de la serranía gaditana, un lento pero incesante proceso de abandono de los emplazamientos en altura que, en algunos casos culminaron con el desdoblamiento de los núcleos y la aparición de nuevos pueblos (Suárez Japón, J.M., 1982).

Pero lo más importante de esta obra es que tanto visualmente, a través del dibujo, como en el texto de la descripción de la compañía, hay una clara referencia a la existencia de "muchas moradas subterráneas, abiertas en la roca viva". (Cuevas, J. y J. de las, 1970). Así pues, las cuevas-viviendas, o refugios pastoriles, o bodegas (?) existen nítidamente datadas y es fácil suponer que su continuidad se mantiene al tiempo que la iniciada expansión del caserío setenileño se completaba ocupando, no sin una cierta dificultad, las empinadas rampas que descienden hasta el río. Este "nuevo pueblo" acabaría enlazando con el sector bajo donde las cuevas-viviendas han ido ocupando la alargada hendidura cavada

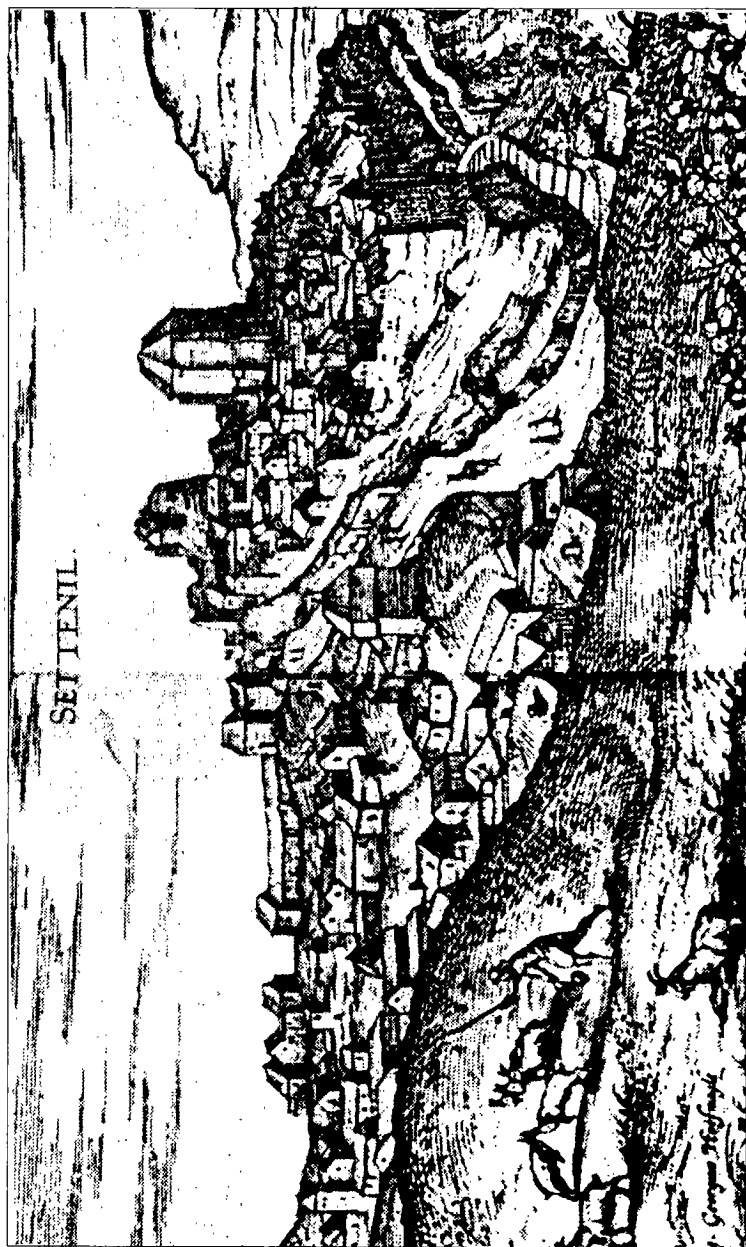


Fig. 4

Selenil en el Siglo XVI según Braun y Hogenberg.

Fuente: Cuevas, J y J de las.- Op. Cit.

por el Guadalporcún al pie del bloque rocoso. Así sería, probablemente y, aunque por ejemplo, P. Madoz no nos hable de ellas, (MADOZ, P., 1850) las cuevas son ya por entonces un hecho indisociable del todo urbano en que 'Setenil ha acabado configurándose.

Este emplazamiento del hábitat troglodita de Setenil en este hueco rocoso ha venido obviamente a condicionar el tipo de refugio que en él se puede construir. Así, en primer lugar debe señalarse que nos hallamos ante una vivienda subterránea del tipo que Loubes llama "arquitectura de modificación de emplazamientos y configuraciones naturales", (Fig. 5) y no de "arquitecturas sustractivas", es decir, aquella que obtiene los volúmenes habitables por sustracción de materiales, creando las nuevas configuraciones modificando intensamente el refugio natural. En Setenil, en efecto, como veremos, el espacio convertido en vivienda viene a coincidir casi exactamente con el recinto natural, y ello por la propia dificultad que deriva de la dureza del material del tajo, que actúa claramente como disuasoria. Esta escasez de fondo que de tal situación deriva será, así mismo, uno de los hechos determinantes para explicarnos la morfología de esas viviendas enterradas de Setenil.

La tipología se concreta, pues, en la propia de las viviendas creadas en "abrigos bajo rocas", que es uno de los varios modelos posibles de desarrollo de las antes citadas arquitecturas de modificación. Tales viviendas se caracterizan por sus dimensiones reducidas, con poco desarrollo en profundidad, teniendo, en cambio, una cierta tendencia al desarrollo longitudinal. En cualquier caso, como veremos, se trata de ámbitos pequeños y muy elementales desde el punto de vista de la distribución interna de los espacios y de sus funcionalidades. A tal modelo responde, por ejemplo, el que reflejamos en la figura 6, en la que observamos, claramente, esa elementalidad, con una única función de refugio doméstico que hace de la vivienda un conjunto de dormitorio, sala y cocina, al que se añade una segunda planta, así mismo, dedicada a dormitorio.

Esta casa nos muestra ya también algunos elementos que aparecen reiteradamente en el caserío subterráneo de Setenil, tal es, por ejemplo, la necesidad de solventar la captación de luz, de una parte y la de la extracción de humos, de otra. El primer problema no halla adecuada solución; los vanos abiertos en las fachadas son reducidos y, en cualquier caso, no diferentes de los existentes en el resto del caserío no subterráneo de Setenil. Para resolver el segundo, las casas enterradas setenileñas ofrecen, como hecho común, la ubicación de la cocina en el cuerpo delantero, de modo que a ella se abre una de las ventanas y, además, un hueco superior, en el límite con la cubierta rocosa, actuará también como punto de salida de estos gases; es el llamado "humero". En otras ocasiones, no obstante, la casa enterrada procurará "adelantar" el plano de la fachada, haciendo

Arquitecturas de corrección de las configuraciones naturales

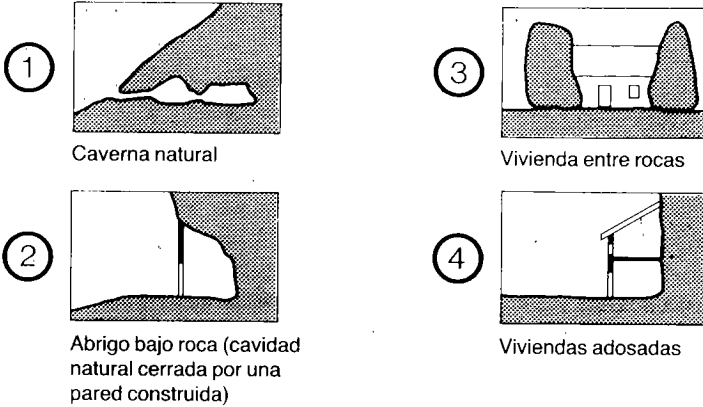


Fig. 5

Fuente: Loubes, J.P. "Arquitectura Subterránea. 1985

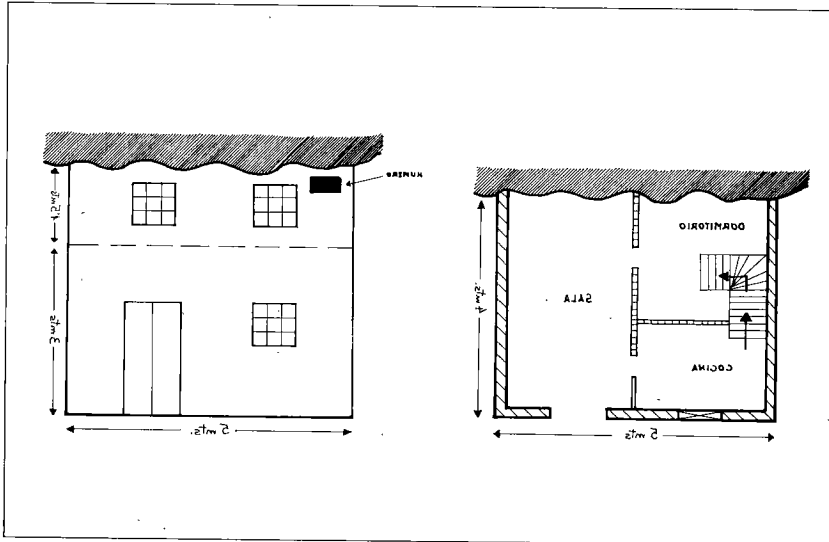


Fig. 6

salir un primer cuerpo de la vivienda, resolviéndose así más cómodamente las dos dificultades señaladas. (Fig. 7) En estos casos, la vivienda de "abrigo bajo roca" deriva hacia el tipo de "vivienda adosada" que es también un modelo frecuente en el poblamiento de Setenil. Esta vivienda, de una altura interior hasta la techumbre rocosa de 3'05 mts., admite una segunda planta de 1'5 mts./media en la que apenas es posible moverse erguido salvo en el sector más exterior. Esta segunda planta se sustenta sobre una techumbre construida con un elemental sistema de vigas de madera. Al fondo de todo el conjunto, el plano inclinado de las areniscas calcáreas del tajo que cierra el ámbito doméstico de forma rotunda.

De esquema general, aunque con una mayor sección longitudinal es el modelo de la vivienda de la figura 8 ubicada, como la anterior, en la calle llamada "cueva de la sombra" y en el sector donde la roca cabalga más intensamente sobre las viviendas, hasta el extremo de conseguir cubrir la propia calle, es decir, la roca sirve de cubierta a viviendas situadas en las dos márgenes de la vía.

En esta vivienda, ese mayor desarrollo longitudinal ha permitido alcanzar un modelo de espacios interiores más simétricos, con una primera crujía dividida en tres estancias: sala, dormitorio y cocina. Esta última, como siempre sucede, con ventana al exterior y el "humero" en la zona superior. Como puede verse, la profundidad, de unos 4 mts. sólo admite la existencia de un segundo cuerpo, reducido, que se ocupa con un segundo dormitorio y un área de servicio (lavadero y W.C.), y donde una escalera permite acceder a una segunda planta situada sobre el cuerpo exterior y que, en este caso, se utilizaba para troje o sobrado, pero que ha podido, así mismo, tener una funcionalidad doméstica, como dormitorio. Hemos indagado acerca de un posible uso como "cuadra" o alojamiento para ganado en recinto final de la vivienda sin que hayamos podido hallar algún rasgo (resto de pesebre, suelos empedrados, etc.) que nos lo probaran. La memoria de sus actuales ocupantes tampoco nos ha proporcionado dato alguno que nos permitiera afirmar tal cosa.

Esta dualidad funcional, característica de la arquitectura popular en estas áreas rurales y que podría haberse dado también en algún caso de cuevas-viviendas, la hemos localizado en el modelo que representamos en la figura 9, donde una mayor profundidad en el espacio bajo la roca ha permitido construir un tercer cuerpo, interior, que se utiliza como cuadra. Sin duda, este es un caso de gran atractivo y, probablemente, el tipo mejor conservado de lo que debió ser un esquema y una ordenación interna del espacio característicos en estas cuevas-viviendas. En cierta manera, la contemplación del plano, sin el conocimiento previo de que se trata de un espacio enterrado nos podría hacer pensar que nos hallamos ante una casa rural tipo, elemental y reducida, pero semejante al modelo casas rurales de núcleos.

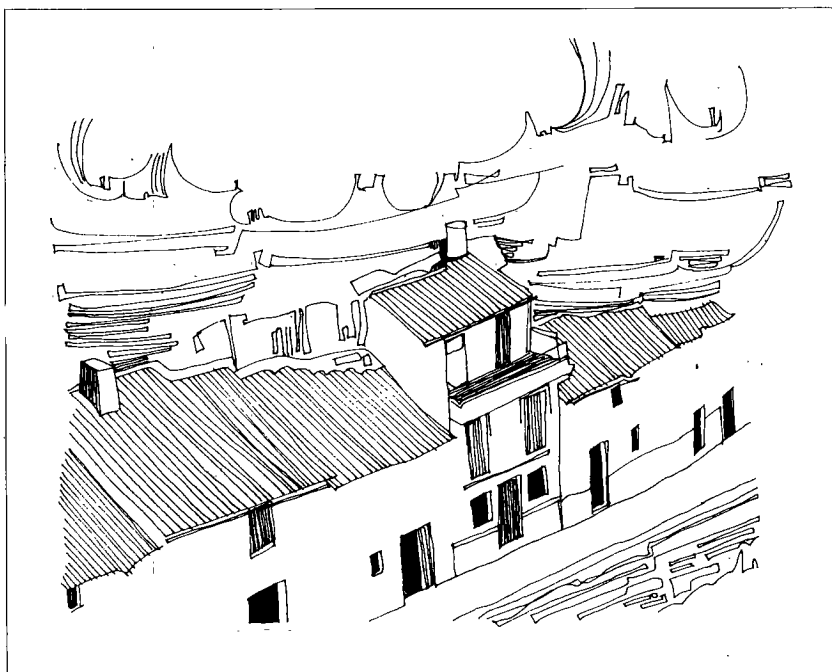


Fig: 7

Dibujo: F. Jiménez Fornell

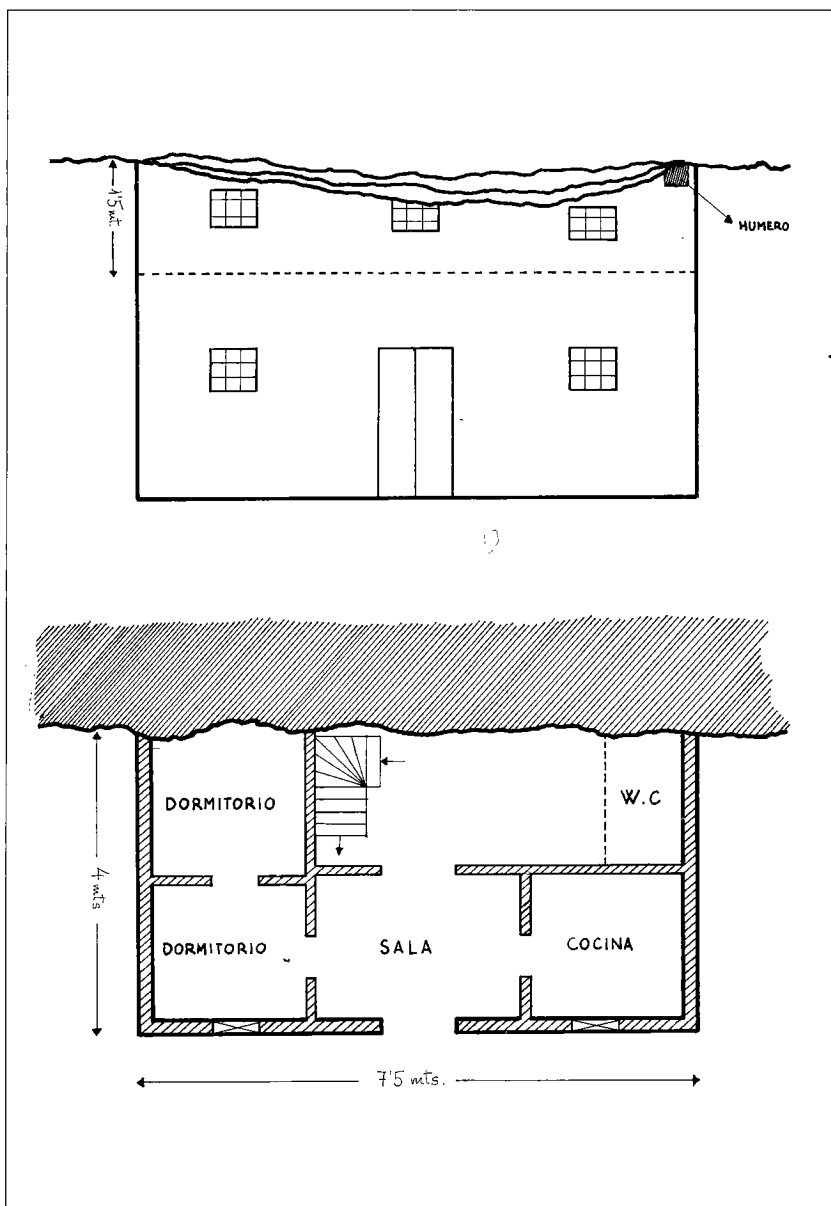


Fig. 8

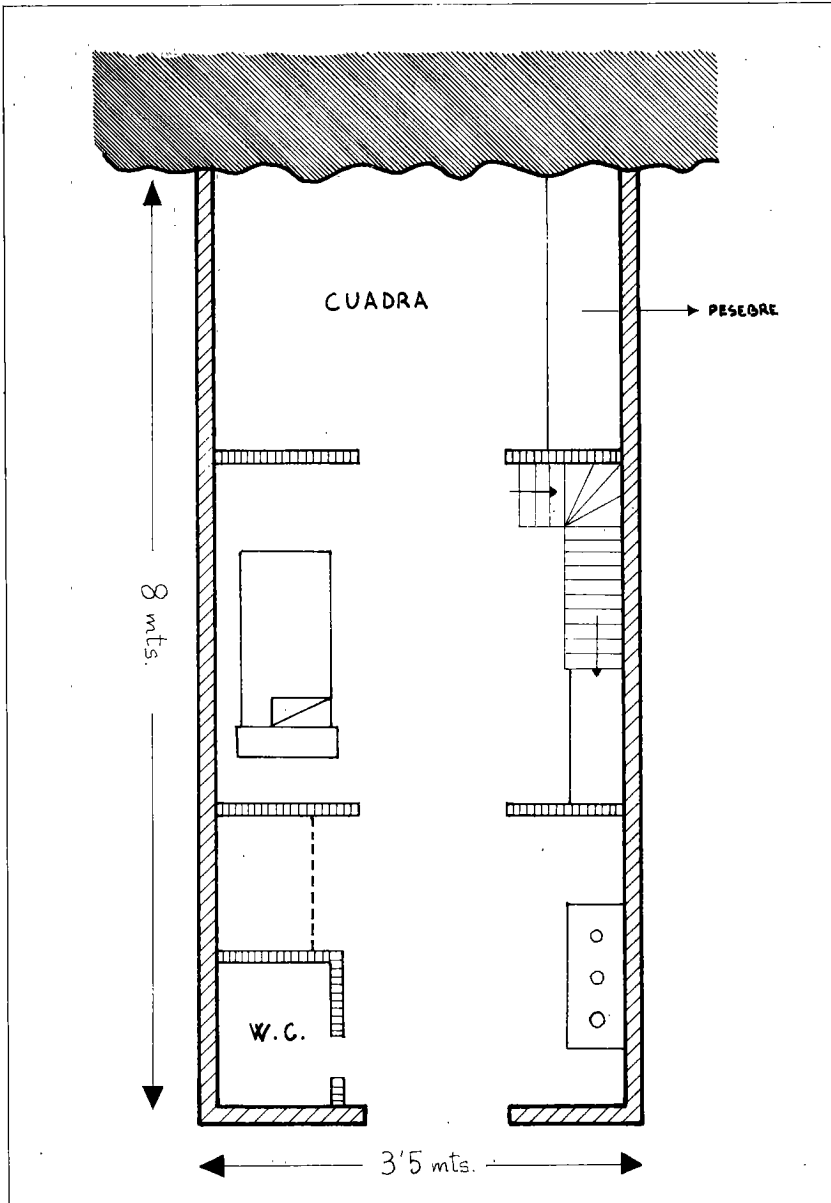


Fig. 9

En efecto, en este sector en el que la casa se localiza, en la llamada "cueva del sol", es decir, en la "otra orilla" del Guadalporcún, pero así mismo al fondo de su tajo, el hueco profundiza algo más bajo el bloque de arenisca y ello permite el que se localicen aquí viviendas enterradas de mayor porte, muchas de las cuales han ido siendo modificadas y transformadas en almacenes o garajes. Otras viviendas han adoptado el modelo que hemos llamado de transición hacia las "viviendas adosadas", es decir, con un primer cuerpo construido fuera de la roca y con cubierta propia. Pero también aquí se han construido y conservado viviendas-enterradas típicamente setenileñas y esta que presentamos en la figura 9 es, probablemente, el modelo más interesante a causa de la perceptible fosilización de sus formas, de sus materiales y hasta del aire interior de la vivienda que nos hace sentirnos frente o dentro de la dimensión casi intemporal que presentan, a veces, ciertos hechos humanos.

Una fachada de apenas 3'5 mts. de anchura, que muestra un esquema elemental de vanos, (puerta y ventana), nos da acceso a la vivienda, desarrollada a través de los casi 8 mts. que aquí alcanza la profundidad del hueco bajo la roca. Este hecho determinará, lógicamente una progresiva reducción de la luz natural, un paralelo avance de las sombras, que resbalan tenuemente sobre los rugosos muros del techo rocoso y de la paredes, donde infinitos encañados han ido haciendo desaparecer la visión directa de la roca. De fuera a dentro, así mismo, una clara división funcional, -presidida por un sentido claro de pragmatismo-, del espacio interior: en el primer cuerpo, la sala-comedor-cocina, todo ello en un sólo recinto en uno de cuyos ángulos se ubica el W.C., al cual se abre la única ventana que ya señalamos al hablar de la fachada. Este es, claramente, el recinto de estar, donde vemos reproducirse ese carácter exiguo, mínimo, de las dimensiones que hemos señalado como caracterizadores de estas viviendas enterradas. El espacio inmediato hacia el interior es el dormitorio, compartido, en el frente opuesto al que ocupa el jergón, por la zona de la escalera de acceso a un sobrado que se extiende sobre el primer cuerpo, como es también rasgo habitual en estas viviendas bajo la roca de Setenil. Bajo la escalera, el hueco abierto por la misma, se convierte en alhacena, como sucede en gran número de casos de la arquitectura rural andaluza. Entre la escalera y la propia cama, sin ningún elemento de separación, discurre el espacio o pasillo que permite aun el acceso al tercer cuerpo de esta vivienda, donde la presencia del pesebre define el uso de dicho espacio, al menos en tiempo pasado.

Esta dualidad funcional, común en el hábitat rural, pero extraño en cambio en las formas trogloditas del mismo, encuentra en esta vivienda un caso bastante singular. Es cierto que en los conjuntos trogloditas suelen aparecer corrales y cuadras adosados a la cueva-vivienda, pero es muy poco frecuente que ambas

funciones se desarrollen "bajo el mismo techo". De todos modos, tal situación se dará siempre que la angostura del recinto subterráneo lo permita pues con ello se plasma de un modo claro uno de los rasgos caracterizadores también de estos tipos de hábitats enterrados, nos referimos a la imitación formal y ornamental que en las cueva se lleva a cabo respecto de las viviendas populares del poblamiento rural de cada comarca o región dada. Es este un hecho constatable de modo generalizado, pues, como afirma Loubes, "la actitud frente a esta especificidad de las formas excavadas varía entre dos extremos: por un lado, está la afirmación o, al menos, la aceptación de la originalidad que confieren a la arquitectura excavada su material y la técnica de excavación; por otro lado, existe el deseo de hacer olvidar que estos lugares están enterrados, intentando darles cualidades, formas y un tratamiento que tiende a presentarlos como arquitecturas construidas o, como mínimo, a trivializarlos" (Loubes, J.P., 1985). Así pues, hay una clara tendencia para que en su interior estas viviendas enterradas sean "como las otras", y ello tanto en los aspectos estéticos u ornamentales, como en los aspectos funcionales; a este último sentido, pues, habrá que conectar esa tensión hacia la dualidad funcional que hemos referido y frente a la cual, sin embargo, se alza como insalvable obstáculo la rigidez de unas dimensiones marcadas por el paredón rocoso difícil de modificar por excavación.

Como también hemos apuntado antes, Setenil nos ofrece, junto al tipo de vivienda enterrada que hemos estado analizando, otras que pudieran ser clasificadas de "adosadas", pues sólo una de sus crujías, la delantera, se construye al aire y el resto de la vivienda ocupa el espacio bajo las rocas. Esta tipología aparece con gran frecuencia y forma parte esencial del paisaje urbano setenileño. Su estudio apenas ofrece datos añadidos a los que ya hemos venido otorgando a estos refugios-viviendas, salvo el interés, ya en un plano más técnico o protoarquitectónico, que pudiera derivarse del conocimiento de las riquísimas variantes que ofrece este modelo mixto en el que la inserción de la vivienda parcialmente exenta con las rocas se realiza de modos extraordinariamente diversos y en muchos casos bastante originales. Hemos recogido y presentamos en la figura 10 un ejemplo de una de estas viviendas parcialmente enterrada y parcialmente exenta, cuyo interés puede residir en el hecho de que el plano de contacto entre ambas partes no es horizontal, sino oblicuo, lo cual da lugar a una estructura interna con rasgos interesantes. En efecto, esa condición permite aquí la existencia de un patio interior que supone una variación sustancial en el esquema habitual de las viviendas enterradas al permitirse la ubicación de la cocina y W.C. en la parte interior de la casa. En cualquier caso, como se aprecia, éstas dos estancias quedan ya parcialmente bajo la techumbre rocosa, como así mismo todo un sector interior formado por un dormitorio y un almacén; el cuerpo

delantero, más amplio, queda libre del bloque del tajo y posee cubierta de terraza.

En definitiva, Setenil posee, por razones diversas que hemos venido exponiendo, un hábitat enterrado que, tanto por su dimensión como por sus rasgos morfológicos, debe estar presente en los análisis del trogloditismo andaluz en el que supone, sin embargo, un enclave occidental, aislado del gran ámbito que componen las provincias de Granada y Almería.

### **ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES**

En el caso del hábitat subterráneo de Setenil debemos destacar, ya en estas líneas finales, algunas consideraciones que, aunque apartándose de las apreciaciones morfológicas propiamente dichas, sin embargo pueden ayudar a completar la imagen del trogloditismo setenileño. Así, en primer lugar, debemos señalar la estabilidad actual de su grado de ocupación, tras un período comprendido entre las décadas 50 y 60 en que fueron abandonadas bastantes de estas cuevas-vivienda, especialmente aquellas que se habían ocupado en zonas más periféricas o marginales del casco urbano. No obstante, incluso en estas áreas siguen existiendo grupos estables de viviendas enterradas, limitadas ya a una simple hilera de las mismas, embutidas bajo unas lomas donde se asientan viejos olivares y cultivos herbáceos de secano, componiendo la insólita imagen de las casas no "junto a" sino "bajo los" campos.

Esta estabilidad en la ocupación tiene probablemente que ver con el propio carácter urbano de estas zonas trogloditas, por tanto con su total adecuación y acomodación al conjunto urbano setenileño, sin que sean perceptibles esos rasgos de marginalidad o suburbanismo que al principio habíamos puesto de manifiesto como acompañantes casi inevitables en los hábitats enterrados. La opinión que la mayor parte de los actuales habitantes de estas viviendas enterradas poseen respecto a las mismas tampoco contiene estas apreciaciones de tratamiento marginal aunque son comunes entre ellos algunas quejas respecto a las condiciones de habitabilidad que se centran, básicamente, en poner de manifiesto lo reducido de las dimensiones de las viviendas-cueva; su falta de luz. ("todo el día con la luz eléctrica", nos decían) y de aireación de los interiores. Es evidente que, por otra parte, la generalización de modos de vida y de formas de poblamiento más actuales, alejado ya el secular aislamiento padecido por esta comarca del interior gaditano, surgen en sus moradores, más intensamente aun, las demandas de funcionalidades nuevas que en su día no fueron exigidas a estas casas enterradas, y ello, obviamente, las hace ser percibidas como más crítica-

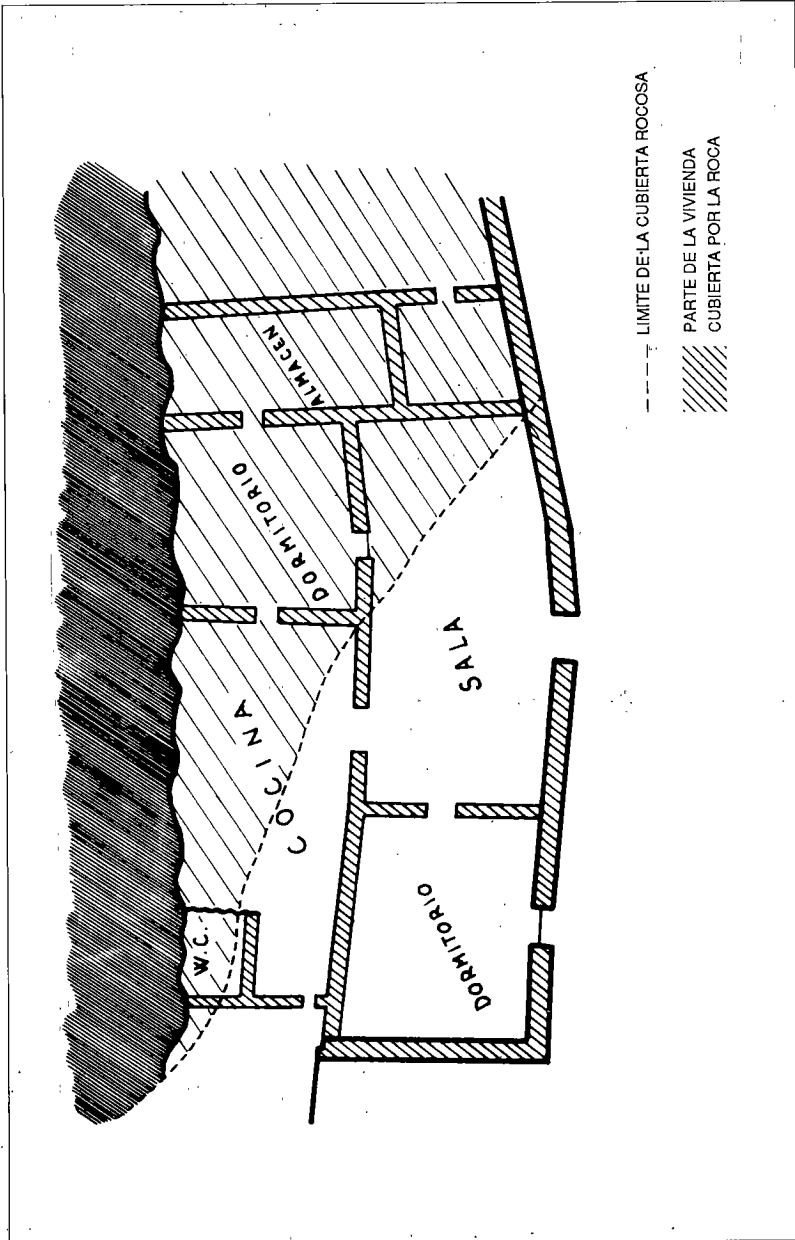


Fig. 10

bles, más insuficientes, menos satisfactorias. Hay, en fin, una modificación de los parámetros psicológicos que hace percibir de un modo distinto las realidades tanto tiempo compartidas y aceptadas.

Junto a éstas, la otra deficiencia que aparece de forma constante entre los habitantes de estas viviendas enterradas setenileñas a quines consultamos, fue la de la presencia de altos índices de humedad y filtraciones, que se presentan tras las épocas de lluvias y se mantiene largo tiempo despues de finalizadas aquellas. En efecto, así como es un rasgo comunmente aceptado la magnífica confortabilidad de estos refugios respecto a las temperaturas extremas, hecho éste confirmado por todos los consultados, en cambio, a causa de la naturaleza del bloque rocoso bajo el que se cobijan las viviendas, de un componente areniscoso-calcáreo, en las jornadas que siguen a las lluvias se suelen trasladar hasta las viviendas filtraciones, que las hacen húmedas, frías, incluso insalubres. Hemos podido apreciar de forma directa esta realidad que se nos denunciaba: los muros rezumando una finísima, tenue película de agua que generaba, de forma notoria, un ambiente poco confortable. Téngase, por otro lado, en cuenta que toda esta comarca serrana de Cádiz registra índices pluviométricos excepcionalmente elevados, que hacen que en Setenil se alcancen los 1.000 mm. anuales, y con ello se ponderará adecuadamente la importancia que tiene este elemento como hecho claramente negativo en la percepción general de las condiciones de estas viviendas subterráneas como albergues humanos.

Pese a todo, el trogloditismo de Setenil presenta hoy suficiente estabilidad como para desechar cualquier previsión sobre un abandono futuro del tipo que en otras zonas andaluzas se ha ido produciendo en las últimas décadas (Urdiales, M.C., 1987); es cierto que hemos oído expresar claramente el deseo de poder abandonar las cuevas ("que nos den otra casa", nos decían), y que tal vez este abandono no se ha producido por limitaciones económicas, pero también es un hecho constatable el ver cómo se están reconstruyendo algunas de estas viviendas enterradas, y por tanto, reutilizando el mismo refugio rocoso para un nuevo uso doméstico, incorporando ya en él modificaciones y mejora propias de la época presente, lo cual, a la larga, irá transformando y debilitando el interés que en la actualidad posee el estudio de la organización interior de estos espacios, pero que, en cambio, supone una clara garantía de permanencia del hábitat enterrando en Setenil, que otorga a este núcleo urbano sus actuales rasgos de pintoresquismo y en definitiva, que ayuda a componer una imagen urbana sorprendente y singular, la misma que hacía preguntarse al novelista gaditano Fernando Quiñones cuando la contemplaba por vez primera. "¿cuanto tiempo hace que siguen resistiendo en este fascinante refugio los orgullosos nietos de los moriscos del Romancero?".

## BIBLIOGRAFIA

- ASENJO SEDANO, C (1972): *Las cuevas de Guadix; sus orígenes*. Cuadernos de Geografía, Universidad de Granada, 1972.
- BOSQUE MAUREL, J. (1962): *Geografía Urbana de Granada*. Inst. Sebastián Elcano. Zaragoza. 1962.
- BRUNHES, J. (1964): *Geografía Humana*. Juventud. Barcelona.
- CABANAS, R (1956): Notas para el estudio del Hábitat en la provincia de Jaen. *Estudios Geográficos*, C.S.I.C., Madrid.
- CANO GARCIA, G.(1974): *La comarca de Baza. Estudio de Geografía Humana*. Universidad de Valencia.
- CARITAS ESPAÑOLA (1965): *Plan C.C.B.* Euramérica. Madrid.
- CARO BAROJA, J. (1976): *Los pueblos de España*. Istmo. Madrid.
- CASAS TORRES, J.M. (1944): *La vivienda y núcleos de población rurales en la Huerta de Valencia*. Inst. Sebastián Elcano. C.S.I.C. Madrid.
- COMPAN VAZQUEZ, D. (1982): *Localización intraurbana de comunidades de pescadores. Caso de Almería*. Paralelo 37. Colegio Universitario de Almería.
- CUEVAS, J. y J. de las (1970): *Setenil*. Instituto de Estudios Gaditanos.
- DEFFONTAINES, P. (1972): *L'homme et sa maison*. Gallimard. París.
- FEDUCCI, L. (1976): *Itinerarios de Arquitectura Popular Española*. IV Volm., H. Blume. Barcelona.
- FLORES, C. (1973): *Arquitectura Popular Española*. IV volms. Aguilar. Madrid.
- FLORISTAN, A. (1951): *La Ribera Tudelana de Navarra*. Inst. Príncipe Viana. C. S. I. C. Madrid.
- GARCIA MANRIQUE, E. (1960): *Las comarcas de Borja y Tarazona y el somontano del Moncayo*. Inst. Geografía Aplicada. Zaragoza.

- GIMENO ARCOS, M.C. (1958): *La Muela: estudio geográfico*. Instituto de Geografía Aplicada. Zaragoza, 1958.
- GOZALVEZ PEREZ, V. (1983): *Crevillente, estudio urbano, demográfico e industrial*. Universidad de Alicante.
- JESSEN, O. (1955): *Las viviendas trogloditas en los Países Mediterráneos. Estudios Geográficos*. Madrid.
- LOUBES, J.P. (1985): *Arquitectura subterránea. Aproximación a un hábitat natural*. Gustavo Gili, Barcelona.
- MADOZ, P. (1945-50) *Diccionario Geografico Historico Estadistico de España y posesiones de Ultramar Madrid*.
- MORENO SANCHEZ, J. (1971): *El hábitat rural en el altiplano de La Sagra y María. Estudios Geográficos. C.S.I.C., Madrid*.
- OLIVER, P. (1978): *Cobijo y Sociedad*. H. Blume. Madrid.
- ORUETA, D. (1917): *Estudio geológico y petrográfico de la Serranía de Ronda*. Instituto Geográfico y Minero. Madrid.
- PONCE DE LEON Y FREYRE, E. (1988): *El Marques de Cádiz (1443-1492.)* Ed. Anaquel. Madrid 1949 (Edificación facsimil, Diputación de Cádiz)
- RAPPOPORT, A. (1974): *Pour une Antropologie de la maison*. Dunod. Paris, 1974.
- SAENZ LORITE, M. (1977): *El valle de Andarax y Campo de Nijar* Universidad de Granada.
- SCHOENAUER, N. (1984): *6000 años de hábitat*. Gustavo Gili, Barcelona.
- SEJO ALFONSO, F. G. (1979): *La vivienda popular alicantina*. Alicante.
- SUAREZ JAPON, J. M. (1982): *El hábitat rural de la Sierra de Cádiz*. Diputación Provincial de Cádiz.
- SUAREZ JAPON, J.M. y RAMOS SANTANA, A. (1983): *Setenil*. Diputación Provincial de Cádiz.
- URABAYEN, L. (1932): *Geografía Humana de Navarra*. II vols. Espasa Calpe. Bilbao.
- URDIALES VIEDMA, M.E. (1987): *Cuevas de Andalucía. Evolución, Situación y análisis en la provincia de Granada*. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transporte Sevilla.
- VILLEGAS MOLINA, F. (1972): *El valle de Lecrín*. Instituto de Geografía Aplicada. Granada.